

buena ó indiferente en sí misma llega á ser perfecta, si lleva el sello de la voluntad divina; y así leemos en la profecía de Isaías (1) que Dios desprecia y reprueba el ayuno y cualquiera otra obra de mortificación y penitencia, cuando en ellas palpita la voluntad propia. Algunas personas espirituales obran como los fariseos, de los cuales dijo Jesucristo que *practicaban las obras buenas para ser honrados y aplaudidos de los hombres* (2). Muchos, en las obras de virtud, se buscan á sí mismos y no buscan á Dios; repiten oraciones y mortificaciones, sin advertir que todo ello procede de su propia inclinación y genio, y huyen de todo aquello en que hallan repugnancia, y esto es buscar la propia comodidad, escondida y oculta en lo que parece mortificación. Éstos imitan á Raquel (3), de la cual leemos en el libro del Génesis, que escondió los ídolos bajo las albardas de los camellos y se sentó sobre ellas para que no los hallase su padre Labán; así hay algunos muy ejercitados en obras que parecen de Dios, y ocultan el ídolo de su propia voluntad, poniendo en él su descanso.

Y en realidad, ¿qué utilidades, qué ventajas puede proporcionar á nuestra alma el cumplimiento de la propia voluntad? Ninguna buena. Porque nuestra voluntad, como sabéis, es potencia ciega, y como tal necesita un guía que la acompañe, que la dirija y aparte de los peligros, para que no se estrelle y perezca. Y ¿con qué guía contamos nosotros para que aparte á nuestra ciega voluntad de los peligros de que está sembrado el camino del espíritu y la dirija con seguridad á la patria celestial? ¿Dónde está ese guía? ¿Será, por ventura, nuestro amor propio? ¿Serán nuestros apetitos depravados, nuestras inclinaciones corrompidas?... ¡Ciegos y guías de ciegos! ¿Adónde iríamos á parar? En este caso se

(1) Isai., LVIII, 3; Ephes., V, 17.
(2) Matth., VI, 2.

(3) Génes., XXXI, 34.

realizaría en nosotros lo que dice Jesucristo por San Mateo: «*Si un ciego guía á otro ciego, ambos caen en la hoya*» (1). Luego forzosamente debemos admitir por guía la adorable voluntad de Dios, porque ella es *luz que alumbrá nuestros pasos*, como escribe el real Profeta (2); es manjar dulcísimo para el alma, *más sabroso que la miel y el panal* (3); la voluntad de Dios es la suprema ley por la que se rige el universo con orden admirable (4) y la que conserva la armonía de los mundos que ruedan en el espacio; la voluntad de Dios es la que ha pintado las plumas de los pajarillos y la que les ha inspirado esos cantos dulcísimos que nos embelesan y con los cuales alaban á su Criador desde que asoma la aurora por el horizonte; la voluntad de Dios ha sido siempre el norte á que han dirigido los santos todas sus obras; ella ha sido el maná con que han alimentado sus almas, la luz que ha disipado todas sus dudas, el áncora que los ha salvado en todos los naufragios y el puerto seguro á que se han acogido en todos los peligros. ¡Dichosas mil veces las almas que se alimentan con este maná, y se alumbran con esta luz, y se acogen á este puerto!...

Práctica.—Y nosotros, ¿no hemos de serlo también? Sí, h. más, con la ayuda de Dios. Para lograrlo—y reclamo ahora toda vuestra atención,—debemos, en primer lugar, penetrarnos vivamente de la importancia y necesidad de este santo ejercicio, porque es el medio más seguro y eficaz para adquirir la perfección y la unión del alma con Dios por la práctica de todas las virtudes, especialmente de la caridad. En efecto: *siendo la voluntad de Dios nuestra santificación*, como dice el Apóstol (5), y lográndose ésta por el ejercicio

(1) Matth., XV, 14; Luc., VI, 39.
(2) Psal. CXVIII, 105; Prov., VI, 23; Job., XXIX, 3.
(3) Psal. XVIII, 11.

(4) Psal. XXIII, 1; Psal. XXXII, 9.
(5) Rom., VI, 19; I. Thessal., IV, 3; I. Petr., I, 2.

de las virtudes, el alma que se determina con resolución invencible á practicar este ejercicio, diciendo: «Tengo que »hacer y querer en todo y por todo lo que Dios quiere de »mí y como lo quiere, y no atender á mi gusto ni afecto»; esta alma necesariamente ha de ser mortificada, y humilde, y paciente, y devota, y recogida, y callada, y abstinenta, y casta, porque esto es lo que de ella pretende Su Divina Majestad; y este sólo ejercicio—entendedlo bien—este sólo ejercicio, practicado con fervor y perseverancia, será como un atajo maravilloso para llegar muy pronto á la unión con Dios por amor, en la cual consiste lo más subido de la perfección. Por ello os ruego encarecidamente que, así como ponéis todo conato y esmero en adquirir ésta ó la otra virtud, trayendo particular cuenta y examen para alcanzarla, le pongáis exclusivamente en tener estima de la voluntad de Dios y conocerla y ejecutarla sin negligencia ó descuido voluntario. Y este cuidado y solicitud no sólo han de ponerse en la dirección de nuestra conducta en general, sino también en todos los actos ú ocupaciones particulares, por pequeñas que sean, procurando mirar en cada una á Dios y poniendo los ojos en su santísima voluntad, la cual hemos de tener por única regla de todas nuestras acciones, considerando en cada una «¿esto quiere Dios que lo haga, ó no?», y si conocemos que no es la voluntad de Dios, no debemos hacerlo, aunque se hunda el mundo: Mas si es cosa que Dios gusta que se haga, como son obras de virtud, se ha de mirar luego cómo quiere Dios que se hagan. Por ejemplo, si se trata de la oración, con qué reverencia, con qué humildad, con qué atención y fervor, y procuremos hacerla así. Si es obra particular que manda la Superiora, mirar con qué obediencia quiere Dios que se cumpla esto, con qué simplicidad, con qué presteza, con qué gusto y perseverancia; y así en las demás obras, miremos si son del gusto divino, y luego consideremos las

circunstancias con que quiere Dios que se hagan, como hemos dicho (1).

Si la obra fuera indiferente de suyo, como pasear, comer, descansar, etc., procuremos coronarla con esta buena intención y hacerla por amor de Dios, como escribe el Apóstol (2), estando siempre apercebidos para cumplir en todo el gusto divino y nunca nuestra propia voluntad, así en las obras exteriores, como en las interiores, así en las grandes, como en las pequeñas, y aun en el más ligero pensamiento y movimiento del corazón, haciendo siempre lo que dice el Profeta: «*Como los ojos de la esclava están mirando siempre las manos de su señora, así nuestros ojos están clavados en el Señor Dios nuestro*» (3). Mil entendimientos, mil ojos que tuviéramos, en esto habíamos de ocupar. Pongamos, pues, en ello singular cuidado, h. mías; sea ésta la materia del examen particular, la ocupación de nuestras potencias, la tarea de toda la vida; hagamos con gran fervor y amor de Dios lo que hemos de continuar por una eternidad, que es lo que cada día pedimos en la oración del Padre Nuestro: *Hágase tu voluntad, así en la tierra como en el cielo* (4). Cristo Nuestro Redentor encargó á Santa Gertrudis que por menudo le consagrara todas sus obras, no sólo en general lo que leía y escribía, sino cada palabra y letra de por sí; ni sólo la comida ó bebida, sino cada bocado ó sorbo que tomaba, y todas las palabras que decía, y todos los pasos que daba, y todas las veces que respiraba, para que de esta suerte estuviese siempre atenta á no hacer sino la voluntad divina (5). En este ejercicio, repito, está la suma de la perfección á que debe aspirar el religioso, y la práctica de todas las virtudes, y es el camino más

(1) Nieremberg, «Vida divina».

(2) I. Corinth., X, 31; Rom., XIV, 6; Coloss., III, 17.

(3) Psal. CXXII, 2.

(4) I. Mach., III, 60; Joann., IX, 31; Matth., VI, 10.

(5) Corazón de Santa Gertrudis, cap. IX.

breve, más fácil, más seguro, más meritorio y el resumen de la vida espiritual.

¿Qué más puede decirse, h. mías, en alabanza de este santo ejercicio? Y no obstante, aun entre los suyos apenas halla Dios quien se resuelva á cumplir su santísima voluntad renunciando la propia. Sí, h. mías; Dios busca quien le ame, quien le entregue su corazón (1), y al pedir el corazón pide la voluntad, porque en el corazón está comprendido todo el hombre, y quien da su corazón nada se reserva, lo da todo. En el Antiguo Testamento, entre sus fieles servidores halló Dios al mansísimo rey David (2), y de él hizo un elogio brillantísimo que han repetido con envidia todas las generaciones y ha llegado hasta nosotros para estímulo de las almas mezquinas y pusilánimes. Habla Dios; escuchad sus palabras: «*He hallado á David, hombre según mi corazón, que cumplirá todas mis voluntades*» (3); y luego añade la recompensa: «*De su linaje nacerá Jesús, para ser el Salvador de Israel*». ¿Veis á qué extremo llega—permitidme la palabra—el entusiasmo de Dios cuando logra hallar entre los suyos un amigo verdadero que acierte á cumplir en todo su divina voluntad? (4). ¡Qué digo amigo! *A cualquiera que hiciere la voluntad de su Padre celestial, le llama hermano y hermana y madre* (5), como si dijera: Ya no sé qué más ofreceros, ni qué premio daros, ni cómo persuadiros á que me sigáis, porque he agotado mis inagotables tesoros para enriqueceros y colmaros de gracias y dones y facultades, de suerte que el mundo quedará asombrado al contemplar vuestras maravillas y se sentirá movido á adoraros como dioses (6).

Y así ha sucedido, h. mías; como dioses han obrado todos los que renunciaron su propia voluntad y juicio. Dios

(1) Prov., XXIII, 26.

(2) Psal. CXXXI, 1.

(3) Act., XIII, 22; I. Reg., XIII, 14.

(4) Joann., XV, 14.

(5) Matth., XII, 50.

(6) Act., XIV, 10.

los hizo dueños de la naturaleza con todos sus elementos, del fuego y del agua, de los vientos y de las tempestades, de la salud y de la enfermedad, de la vida y de la muerte. Dígalo el profeta Elías, el cual mandó á las nubes que no enviasen agua á la tierra, y no llovió en seis años y medio (1). Luego tuvo necesidad de atravesar el río Jordán con su compañero Eliseo, y tocando las aguas con su manto se dividieron á uno y otro lado y pasaron ellos á pie enjuto (2). Dígalo Moisés, el caudillo del pueblo de Israel, que, perseguido por el ejército de Faraón, tocó con su vara las aguas del mar Rojo y éstas abrieron paso á los israelitas (3); y más tarde hirió con la misma vara la peña de Horeb en el desierto, y de ella brotó un raudal de aguas con que apagó su sed el pueblo hebreo (4). Dígalo Josué, que mandó al sol que se detuviese doce horas, y esperó el sol que Josué concluyera y ganara la batalla contra los gabaonitas (5). Hablen San Pedro y los demás Apóstoles, y díganos las facultades asombrosas que recibieron de Jesús poco antes de subir al cielo. «*Todos los que en Mi crean y sigan mi doctrina—les dijo,—con sólo invocar mi Nombre, lanzarán los demonios de los cuerpos; hablarán lenguas desconocidas; tocarán las serpientes sin recibir el menor daño; el veneno no los matará; pondrán sus manos sobre los enfermos y éstos sanarán, y harán levantar de sus sepulcros á los muertos*» (6). Y todo ello se ha cumplido en los Apóstoles y en otros muchos santos que nos precedieron; todo ello está realizándolo Dios en nuestros tiempos en algunos de sus siervos, para que, avivando la fe, creamos en las promesas de Dios, que no se muda (7), y nos resolvamos de una vez á entregarnos en cuerpo y alma á su divina voluntad, sin reser-

(1) III. Reg., XVII, 1; Luc., IV, 25; Jacob., V, 17.

(2) IV. Reg., II, 8.

(3) Exod., XIV, 21.

(4) Exod., XVII, 6.

(5) Josué, X, 12.

(6) Marcos, XVI, 17-18.

(7) Malach., III, 6; Hebræ., I, 12; Núm. XXIII, 19; Jacob., I, 17. Psal. CI, 28.

varnos nada, pues todo lo que podemos llamar nuestro, como son pasiones, inclinaciones, deseos, sentimientos, amor propio, propia voluntad, todo es malo, después del pecado original, y si nos dejamos llevar de esa corriente, viviremos tristes, desasosegados, insufribles á nosotros mismos y jamás satisfechos, como sucede á los amadores del mundo.

Mas si procuramos atajar esa corriente mortificando nuestras pasiones, negándonos á nosotros mismos para hacer en todo la voluntad de Dios, seremos, como he dicho, dueños del mundo y nada temeremos, porque asidos á la piedra incommovible, que es Cristo Jesús (1), ni la muerte, ni la vida, ni la salud, ni la enfermedad, ni los ángeles, ni los principados, ni lo presente, ni lo venidero, ni los honores, ni los desprecios, ni ninguna otra criatura podrá jamás separarnos de la caridad de Dios, que se funda en Jesucristo, Señor nuestro (2).

Para lograrlo, arranquemos de nuestro corazón todo afecto, toda afición ó inclinación que no tienda á facilitarnos el cumplimiento de la voluntad de Dios, la cual debe reinar en él como soberana absoluta, pues no consiste la santidad en trabajar mucho, ni en mortificarse mucho, ni en comulgar con frecuencia, sino en hacer la voluntad de Dios, que es la mayor honra á que puede aspirar un religioso, la mayor perfección á que puede llegar en esta vida y la señal más segura de su predestinación á la gloria.

(1) I. Corinth., X, 4.

(2) Rom., VIII, 38-39; I. Joann., IV, 8.

LA SANTA POBREZA
